

Los grandes diálogos, de región a región

COLUMNISTA INVITADO Nuestro continente acaba de alumbrar la CELAC, con la intención de tener una hoja de ruta común e incidir en el futuro.

- **Ricardo Lagos EX PRESIDENTE DE CHILE**

Y ahora nació CELAC, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Ante los escépticos que han visto pasar por el escenario tantas siglas e instituciones -el Grupo de Río, la última de ellas de la cual nació la nueva entidad-, cabe recordar tres cosas: primero, **estamos en el siglo XXI y los grandes diálogos serán de región a región** ; segundo, **la economía se ha hecho global y mientras más coordinación exista entre vecinos para entender al mundo, mejor** ; tercero, **es tarea esencial una nueva agenda común de conocimiento y tecnología para hacernos parte de las cadenas productivas globales** .

Seamos francos. Por ahora, este nuevo ser no tiene identidad. No es un nuevo organismo, desde luego. Es una agrupación, donde un país va asumiendo cada año la responsabilidad de coordinar: ahora es Chile. Pero son cuatro realidades muy diferentes las que saldrán a jugar en esta cancha: México, Centro América, Caribe y América del Sur. De esa diversidad cabe rescatar los elementos capaces de dar un perfil propio a esta Comunidad.

Lo primero -digamos una herejía-, más que la integración entre nosotros, necesaria por cierto, es construir un plan, un mapa de ruta para integrarnos al mundo. Ninguna de estas cuatro partes deja de tener hoy fuertes determinaciones para su ser y su hacer a partir de lo que constituyen sus vínculos con lo externo. Se podrá decir que en el pasado también fue así. España, Portugal, Gran Bretaña, Francia, Holanda, nombres de la dependencia. Pero entonces había una Metrópoli, cada cual sabía cuál era la suya. Ya no la hay, y la economía mundial nos desafía o nos da oportunidades desde todos los continentes, desde un tejido financiero cada vez más entrecruzado y complejo.

El Grupo de Río nació en diciembre de 1986, bajo el impulso de Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela. Y fue importante como mecanismo de consulta y coordinación política, sobre todo en el rescate y fortalecimiento de la democracia para nuestros pueblos. Ahora, veinticinco años después, estamos en el siglo XXI, y lo que nos desafía está, predominantemente, allá afuera. Ese es el marco donde cabe construir “lo Común” de esta Comunidad.

Y allí toman importancia esas cuatro realidades, con velocidades distintas en su crecimiento.

México, colocado como vecino mayor de los países centroamericanos, pasadizo de sus pobrezas y esperanzas, también de peligros y crímenes, es uno de los grandes del continente.

Por eso está en el G20, junto a Argentina y Brasil, pero su mirada cada vez mira más hacia el norte. Ello porque enfrenta las redes del narcotráfico y vive una economía que en 85% sólo cruza la frontera para llegar a su mercado principal: Estados Unidos. Pero, por otra parte, México avanza para ser un país con un elevado ingreso por habitante y está pronto a dar un salto significativo hacia el desarrollo, aplicando progresivamente políticas capaces de disminuir la desigualdad.

El mundo de los países centroamericanos -cuyo sistema de integración económica es tal vez de los primeros y más avanzados que exista, capaz de plantearse desafíos grandes como un acuerdo de libre comercio común (y negociado en forma conjunta) con Estados Unidos y otro con México- es una zona con tareas aún muy fuertes en el desarrollo social. Tienen una economía altamente influida por lo que pasa en los Estados Unidos, pero también las remesas y la migración son allí un tema de perfil muy distinto a otros lados del hemisferio.

¿Y cuánto sabemos de los estados del Caribe? Ellos, con su CARICOM, dan un ejemplo de integración real. La comunidad del Caribe desarrolla tres actividades principales: la cooperación económica a través del Mercado Común del Caribe, la coordinación de la política exterior y la colaboración de campos como la agricultura, la industria, el transporte y las telecomunicaciones. Y, además, tienen una Corte Suprema común.

Algo hay que aprender allí, donde la tradición británica y la cultura afrocaribeña han gestado una comunidad tan sólida.

Y finalmente, **UNASUR que, dentro de la gran casa latinoamericana, está construyendo un espacio de arquitectura política nueva**, de metas concretas y visiones inéditas: ahí están las conferencias de los ministros de Defensa (para ir pensando qué es una estrategia sudamericana común), la de los ministros de Finanzas y Economía para analizar los impactos de la crisis y gestar un sistema de coordinación de los Bancos Centrales, todo ello unido a proyectos energéticos, de carreteras y turismo, entre otros.

UNASUR está llamada a tener su propio peso, con la experiencia de un comportamiento capaz de enfrentar firme la crisis, determinado, entre otras razones, por los vínculos crecientes con China. Una complementariedad, por cierto,

que México no puede tener con ese país, competidor principal en el mercado norteamericano.

La fuerza de CELAC no está en volver la mirada atrás. Su tarea es política, pero con la mirada en el futuro.

¿Qué deseamos como instituciones y mundo financiero tras el impacto de esta crisis? ¿Cómo dejar de ser sólo abastecedores de productos básicos en la relación con Asia, especialmente con China, y gestar nuevos vínculos productivos? ¿Es posible asumir el tema del cambio climático y los pobres resultados de la reciente Cumbre de Durban, para elaborar en la reunión de abril, en Chile, una propuesta común para llevar a Río+20, en junio? ¿Será posible pensar y preparar una discusión con el presidente Obama sobre los temas migratorios? ¿Cómo levantar un planteamiento común frente a los temas financieros internacionales que, desde Europa, nos amenazan? Si miramos al siglo XXI las preguntas no faltan. CELAC, con toda su diversidad cultural, con sus grandes, medianos y chicos, debe ser el foro de temas como éstos ... si queremos incidir en este siglo.